

UNA PREGUNTA NAVIDEÑA

Volumen 1 – Sermón No. 291

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO
25 DE DICIEMBRE DE 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, STRAND**

***“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado”
Isaías 9:6***

En otras ocasiones he explicado la parte principal de este versículo: "El principado sobre sus hombros; se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte". Si Dios me lo permite, en alguna ocasión futura espero tomar los otros títulos: "El Padre eterno, el Príncipe de paz". Pero ahora, esta mañana, la porción que atraerá nuestra atención es esta: "Un niño nos es nacido, un hijo nos es dado". La frase es doble, pero no contiene ninguna tautología.

El lector atento descubrirá pronto una distinción, y no se trata de una distinción sin diferencia. "Un niño nos es nacido, hijo nos es dado". Como Jesucristo es un niño en Su naturaleza humana, Él es nacido, engendrado del Espíritu Santo, nacido de la Virgen María. Es tan verdaderamente nacido, tan ciertamente un niño, como cualquier otro hombre que haya vivido sobre la faz de la tierra. Así pues, en Su humanidad es un niño nacido.

Pero como Jesucristo es el Hijo de Dios, no es nacido, sino dado, engendrado de Su Padre desde antes de todos los mundos, engendrado, no creado, siendo de la misma sustancia con el Padre. La doctrina de la filiación eterna de Cristo debe ser recibida como una verdad indudable de nuestra santa religión.

Pero en cuanto a su explicación, nadie debe aventurarse en ella, pues permanece entre las cosas profundas de Dios, uno de esos misterios solemnes en los que los ángeles no se atreven a mirar, ni desean husmear en él, un misterio que no debemos intentar desentrañar, pues está completamente fuera del alcance de cualquier ser finito. Tanto podría un mosquito intentar beber en el océano, como una criatura finita comprender al Dios Eterno. Un Dios que pudiéramos comprender no sería Dios. Si pudiéramos comprenderlo, no sería infinito; si pudiéramos entenderlo, entonces no sería divino.

Jesucristo, pues, digo, como Hijo, no nos ha nacido, sino que nos ha sido dado. Él es una bendición que nos fue otorgada, "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha enviado

a su Hijo unigénito al mundo". No nació en este mundo como Hijo de Dios, sino que fue enviado, o fue dado, para que perciban claramente que la distinción es sugerente, y nos transmite mucha buena verdad. "Un niño nos es nacido, un hijo nos es dado".

Esta mañana, sin embargo, el objeto principal de mi discurso, y de hecho el único, es resaltar la fuerza de esas dos pequeñas palabras, "para nosotros". Porque ustedes percibirán que aquí reside toda la fuerza del pasaje. "Porque a nosotros nos es nacido un niño, a nosotros nos es dado un hijo". Las divisiones de mi discurso son muy simples. En primer lugar, ¿es así? En segundo lugar, si es así, ¿entonces qué? En tercer lugar, si no es así, ¿entonces qué?

I. En primer lugar, **¿es así?**

¿Es cierto que nos ha nacido un niño, que se nos ha dado un hijo? Es un hecho que nace un niño. Sobre eso no traigo ningún argumento. Recibimos como un hecho, más plenamente establecido que cualquier otro hecho en la historia, que el Hijo de Dios se hizo hombre, nació en Belén, envuelto en pañales y recostado en un pesebre. También es un hecho que se ha dado un Hijo. Sobre eso no tenemos ninguna duda. El infiel puede discutirlo, pero nosotros, que profesamos ser creyentes en las Escrituras, lo recibimos como una verdad innegable, que Dios ha dado a Su Hijo unigénito para ser el Salvador de los hombres.

Pero la cuestión es la siguiente: ¿Nos ha nacido este niño? ¿Nos ha sido dado? Este es el tema de ansiosa indagación. ¿Tenemos un interés personal en el niño que nació en Belén? ¿Sabemos que es nuestro Salvador, que nos ha traído buenas nuevas, que nos pertenece a nosotros y que nosotros le pertenecemos a Él? Digo que este es un asunto de investigación muy grave y solemne. Es un hecho muy observable que los mejores de los hombres a veces están preocupados con preguntas con respecto a su propio interés en Cristo, mientras que los hombres que nunca se inquietan en absoluto por el asunto son con mucha frecuencia presuntuosos engañadores, que no tienen parte en este asunto.

A menudo he observado que algunas de las personas de las que me sentía más seguro eran precisamente las que estaban menos seguras de sí mismas. Me recuerda la historia de un hombre piadoso llamado Simon Brown, ministro en los viejos tiempos en la ciudad de Londres. Llegó a estar tan sumamente triste de corazón, tan deprimido de espíritu, que al fin concibió la idea de que su alma estaba aniquilada.

Era en vano hablar con aquel buen hombre, no se le podía persuadir de que tuviera alma, pero todo el tiempo estaba predicando, y orando, y trabajando, más como un hombre que tuviera dos almas que ninguna.

Cuando predicaba, sus ojos derramaban abundantes torrentes de lágrimas, y cuando oraba, había un fervor divino y una prevalencia celestial en cada petición.

Ahora, así sucede con muchos cristianos. Parecen ser la imagen misma de la piedad, su vida es admirable, y su conversación celestial, pero sin embargo, siempre están clamando...

***"Es un punto que anhelo saber,
a menudo causa pensamiento ansioso,
¿Amo al Señor o no?
¿Soy suyo o no lo soy?"***

Así sucede, que el mejor de los hombres cuestionará mientras que el peor de los hombres presumirá. Ay, he visto a los hombres acerca de cuyo destino eterno he tenido serias dudas, cuyas inconsistencias en la vida eran palpables y evidentes, que se han jactado de su porción segura en Israel, y de su esperanza infalible, como si creyeran que los demás son tan fáciles de engañar como ellos mismos.

Ahora bien, ¿qué razón daremos para esta temeridad? Apréndelo de esta ilustración: Veis a varios hombres cabalgando por un estrecho camino al borde del mar. Es una senda muy peligrosa, pues el camino es escarpado y un tremendo precipicio bordea la senda por la izquierda. Si el pie del caballo resbala una vez, se precipitan hacia la destrucción. Mira con qué precaución caminan los jinetes, con qué cuidado ponen los pies los caballos.

Pero, ¿observas a ese jinete, a qué velocidad corre, como si corriera una carrera de obstáculos con Satanás? Levantáis las manos en una agonía de miedo, temblando no sea que a cada momento el pie de su caballo resbale, y él sea derribado, y decís, ¿por qué un jinete tan descuidado? El hombre es un jinete ciego sobre un caballo ciego. No pueden ver dónde están. Cree que va por un camino seguro, y por eso cabalga tan deprisa.

O para variar la historia, a veces, cuando las personas están dormidas, les da por caminar, y suben donde a otros no se les ocurriría aventurarse. Las alturas vertiginosas que darían vuelta a nuestro cerebro parecen bastante seguras para ellos. Así que hay muchos sonámbulos espirituales entre nosotros, que piensan que están despiertos, pero no lo están. Su misma presunción al aventurarse a las alturas de la confianza en sí mismos prueba que son sonámbulos, no despiertos, sino hombres que caminan y hablan dormidos. ¿Es entonces, digo, realmente un asunto de serio cuestionamiento con todos los hombres que estarían en lo correcto al fin, en cuanto a si este niño es nacido de *nosotros*, y este Hijo es dado a *nosotros*?

Ahora le ayudaré a responder a la pregunta.

1. Si este niño que ahora yace ante los ojos de tu fe, envuelto en pañales en el pesebre de Belén, te ha nacido a ti, oyente mío, entonces has nacido de nuevo. Porque este niño no os ha

nacido si vosotros no habéis nacido de él. Todos los que tienen un interés en Cristo son, en la plenitud del tiempo, por gracia convertidos, vivificados y renovados. Todos los redimidos aún no están convertidos, pero lo estarán. Antes de que llegue la hora de la muerte su naturaleza será cambiada, sus pecados serán lavados y pasarán de muerte a vida.

Si alguien me dice que Cristo es su Redentor, aunque nunca haya experimentado la regeneración, ese hombre dice lo que no sabe, su religión es vana y su esperanza es un engaño. Sólo los hombres que han nacido de nuevo pueden afirmar que el niño de Belén es suyo.

"Pero", dice uno, "¿cómo se si he nacido de nuevo o no?". Responde también a esta pregunta con otra: ¿ha habido en ti un cambio operado por la gracia divina? ¿Son tus amores todo lo contrario de lo que eran? ¿Odias ahora las cosas vanas que antes admirabas, y buscas esa perla preciosa que antes despreciabas? ¿Está tu corazón completamente renovado en su objeto?

¿Puedes decir que la inclinación de tu deseo ha cambiado, que tu rostro está orientado hacia Sión y que tus pies están puestos en el camino de la gracia, que mientras que antes tu corazón anhelaba profundos tragos de pecado, ahora anhela ser santo, y que mientras que antes amabas los placeres del mundo, ahora se han convertido para ti en basura y escoria, pues sólo amas los placeres de las cosas celestiales, y anhelas disfrutar más de ellos en la tierra para estar preparado para disfrutar de una plenitud de ellos en el más allá?

¿Estás renovado interiormente? Porque fijate, oyente mío, el nuevo nacimiento no consiste en lavar el exterior de la copa y del plato, sino en limpiar el hombre interior. Es todo en vano poner la piedra sobre el sepulcro, dejarla extremadamente blanca, y adornarla con las flores de la temporada; el sepulcro mismo debe ser limpiado. Los huesos del hombre muerto que yacen en esa morgue del corazón humano deben ser limpiados. Es más, hay que hacer que vivan. El corazón ya no debe ser una tumba de muerte, sino un templo de vida. ¿Es así contigo, oyente mío? Porque recuerda, puedes ser muy diferente en lo externo, pero si no cambias en lo interno, este niño no te ha nacido.

Pero hago otra pregunta. Aunque el asunto principal de la regeneración reside en el interior, sin embargo se manifiesta en el exterior. Di, entonces, ¿ha habido un cambio en ti en el exterior? ¿Crees que otros que te miran se verían obligados a decir, este hombre no es lo que solía ser? ¿No observan tus compañeros un cambio? ¿No se han reído de ti por lo que consideran tu hipocresía, tu puritanismo, tu severidad?

¿Piensas ahora que si un ángel te siguiera en tu vida secreta, te siguiera hasta tu cuarto y te viera de rodillas, miraría algo en ti que nunca habría podido ver antes?

Porque fijate, mi querido oyente, debe haber un cambio en la vida exterior, o de lo contrario no hay cambio interior. En vano me traes al árbol, y dices que la naturaleza del árbol ha cambiado. Si todavía veo que produce uvas silvestres, sigue siendo una vid silvestre. Y si te marco las manzanas de Sodoma y las uvas de Gomorra, sigue| siendo un árbol maldito y condenado, a pesar de toda tu fantasiosa experiencia.

La prueba del cristiano está en el vivir. Para otros hombres, la prueba de nuestra conversión no es lo que sentimos, sino lo que hacemos. Para ti mismo, tus sentimientos pueden ser prueba suficiente, pero para el ministro y otros que te juzgan, el andar exterior es la guía principal.

Al mismo tiempo, permítanme observar que la vida externa de un hombre puede parecerse mucho a la de un cristiano y, sin embargo, no haber religión alguna en él. ¿Han visto alguna vez a dos actores en la calle con espadas, fingiendo que pelean entre sí? Ved cómo se cortan, se acuchillan y se dan hachazos, hasta que casi teméis que pronto se cometan asesinatos. Parecen ir tan en serio que uno está a punto de llamar a la policía para que los separe.

Ved con qué violencia uno ha dirigido un tremendo golpe a la cabeza del otro, que su camarada ha rechazado con destreza manteniendo una guardia oportuna. Obsérvenlos un minuto y verán que todos esos cortes y estocadas se producen en un orden preestablecido. Después de todo, no hay corazón en la lucha. No luchan tan rudamente como lo harían si fueran enemigos de verdad.

Así, a veces he visto a un hombre que finge estar muy enojado contra el pecado. Pero obsérvenlo un poco, y verán que es sólo un truco de esgrimista. No da sus tajos fuera de lugar, no hay seriedad en sus golpes, todo es fingimiento, es sólo mímica escénica. Los esgrimistas, después de terminar su actuación, se dan la mano unos a otros y se reparten las monedas que la multitud les ha dado, y lo mismo hace este hombre, se da la mano con el diablo en privado, y los dos engañadores se reparten el botín.

El hipócrita y el diablo son muy buenos amigos después de todo, y mutuamente se regocijan por sus ganancias, el diablo se divierte porque ha ganado el alma del profesante, y el hipócrita ríe porque ha ganado su dinero. Cuida, pues, de que tu vida exterior no sea una mera representación teatral, sino que tu antagonismo al pecado sea real e intenso, y que golpees a diestra y siniestra, como si quisieras matar al monstruo y arrojar sus miembros al viento.

Voy a hacer otra pregunta. Si has nacido de nuevo, hay otro asunto por el cual probarte. No sólo se altera tu yo interior, y tu yo exterior también, sino que la raíz misma y el principio de tu vida deben volverse totalmente nuevos. Cuando estamos en pecado vivimos para

nosotros mismos, pero cuando somos renovados vivimos para Dios. Mientras no somos regenerados, nuestro principio es buscar nuestro propio placer, nuestro propio progreso, pero ese hombre no es verdaderamente nacido de nuevo si no vive con un objetivo muy diferente de éste. Cambia los principios de un hombre y cambiarás sus sentimientos, cambiarás sus acciones.

Ahora la gracia cambia los principios del hombre. Pone el hacha en la raíz del árbol. No corta con la sierra alguna rama grande, no trata de alterar la savia, sino que da una nueva raíz y nos planta en tierra fértil. Lo más íntimo del hombre, las profundas rocas de sus principios sobre las que descansa la capa superior de sus acciones, el alma de su humanidad es completamente cambiada, y él es una nueva criatura en Cristo.

"Pero", dice uno, "no veo razón para nacer de nuevo". Ah, pobre criatura, es porque nunca te has visto a ti mismo. ¿Has visto alguna vez a un hombre en el espejo de la Palabra de Dios? Saben, un hombre por naturaleza tiene su corazón donde deberían estar sus pies; es decir, su corazón está puesto sobre la tierra, cuando debería estar hollándola bajo sus pies; y, misterio aún más extraño, sus talones están donde debería estar su corazón; es decir, está pateando contra el Dios del cielo, cuando debería estar poniendo sus afectos en las cosas de arriba.

El hombre por naturaleza, cuando ve más claro, sólo mira hacia abajo, sólo puede ver lo que está debajo de él, no puede ver las cosas que están arriba, y es extraño decir que la luz del sol lo ciega, la luz del cielo no la busca. Pide su luz en las tinieblas. La tierra es para él su cielo, y ve soles en sus charcos fangosos y estrellas en su inmundicia. Es, de hecho, un hombre vuelto al revés.

La Caída ha arruinado de tal modo nuestra naturaleza, que la cosa más monstruosa sobre la faz de la tierra es un hombre caído. Los antiguos solían pintar grifones, grifos, dragones, quimeras y todo tipo de cosas horribles, pero si una mano hábil pudiera pintar al hombre con precisión, ninguno de nosotros miraría el cuadro, pues es una visión que nadie vio jamás excepto los perdidos en el infierno, y esa es una parte de su intolerable dolor, que se ven obligados a mirarse siempre a sí mismos. Ahora bien, no veas que debes nacer de nuevo, y a menos que lo hagas este niño no te ha nacido.

2. Pero sigo adelante. Si te nace este niño, eres un niño, y surge la pregunta: ¿lo eres? El hombre crece de la niñez a la virilidad naturalmente; en la gracia, los hombres crecen de la virilidad a la niñez, y cuanto más nos acercamos a la verdadera niñez, más nos acercamos a la imagen de Cristo.

Pues, ¿no fue llamado Cristo "niño", aun después de haber ascendido al cielo? "Tu santo niño Jesús".

Hermanos y hermanas, ¿podéis decir que habéis sido hechos hijos? ¿Tomáis la Palabra de Dios tal como es, simplemente porque vuestro Padre celestial lo dice? ¿Os contentáis con creer los misterios sin exigir que os los expliquen? ¿Estáis dispuestos a sentaros en la clase de párvulos y ser como un pequeñín? ¿Estás dispuesto a colgarte del pecho de la iglesia, y mamar de la leche no adulterada de la Palabra, sin cuestionar ni por un momento lo que tu divino Señor revela, sino creyéndolo en Su propia autoridad, aunque parezca estar por encima de la razón, o por debajo de la razón, o incluso contrario a la razón?

Ahora bien, "si no os volvéis y os hacéis como niños", este niño no os ha nacido; a menos que como un niño seáis humildes, enseñables, obedientes, complacidos con la voluntad de vuestro Padre y dispuestos a llevarle todo a Él, es grave cuestión de duda que este niño os haya nacido.

Pero qué agradable espectáculo es ver a un hombre convertido y convertido en un niño pequeño. Muchas veces mi corazón ha saltado de gozo, cuando he visto a un gran infiel que solía razonar en contra de Cristo, que no tenía una palabra en su diccionario lo suficientemente mala para el pueblo de Cristo, venir por gracia divina a creer en el Evangelio.

Ese hombre se sienta y llora, siente todo el poder de la salvación, y desde ese momento abandona todos sus cuestionamientos. Se convierte en lo contrario de lo que era. Se cree más insignificante que el creyente más insignificante. Se contenta con hacer el trabajo más insignificante para la iglesia de Cristo, y toma su puesto, no con Locke o Newton, como un poderoso filósofo cristiano, sino con María, como un simple aprendiz, sentado a los pies de Jesús, para oírle y aprender de Él. Si ustedes no son niños, entonces este niño no les ha nacido.

3. Y ahora, tomemos la segunda frase y planteemos una o dos preguntas al respecto. ¿Se les ha dado este Hijo? Hago una pausa de un minuto para pedir su atención personal. Estoy tratando, si me lo permiten, de predicar de tal manera que pueda hacer que todos ustedes se cuestionen. Les ruego que ninguno de ustedes se exima de la prueba, sino que cada uno se pregunte a sí mismo: ¿es verdad que se me ha dado un Hijo? Ahora bien, si se os ha dado este Hijo, vosotros mismos sois hijos. "Porque a todos los que le recibieron les dio potestad de ser hechos hijos de Dios". "Cristo se hizo Hijo para ser en todo semejante a sus hermanos". El Hijo de Dios no es mío para disfrutarlo, para amarlo, para deleitarme en él, a menos que yo también sea hijo de Dios.

Ahora, oyente mío, ¿tienes temor de Dios ante tus ojos, un temor filial, el temor que tiene un niño de no contristar a su padre? Dime, ¿tienes el amor de un niño hacia Dios? ¿Confías en Él como tu Padre, tu proveedor y tu amigo? ¿Tienes en tu pecho "El espíritu de adopción, por el cual clamamos: Abba, Padre"? ¿Hay momentos en que de rodillas puedes decir: "Padre mío y Dios mío"? ¿Da el Espíritu testimonio a tu espíritu de que has nacido de Dios? y mientras

nace este testimonio, ¿vuela tu corazón hacia tu Padre y hacia tu Dios, en éxtasis de deleite para estrechar a Aquel que hace mucho tiempo te estrechó en el pacto de Su amor, en los brazos de Su gracia eficaz?

Ahora bien, fíjense, oyentes míos, si a veces no gozan del espíritu de adopción, si no son hijos o hijas de Sión, no se engañen, este Hijo no les ha sido dado.

4. Y entonces, para ponerlo de otra manera. Si a nosotros se nos da un Hijo, entonces nosotros somos dados al Hijo. Ahora, ¿qué dices tú también a esta pregunta? ¿Estás entregado a Cristo? ¿Sientes que no tienes nada en la tierra por lo que vivir sino para glorificarlo a Él? ¿Puedes decir en tu corazón: "Gran Dios, si no estoy engañado, soy enteramente tuyo"? ¿Estás dispuesto hoy a escribir de nuevo tu voto de consagración? ¿Puedes decir: "¡Tómame! Todo lo que soy y todo lo que tengo será tuyo para siempre. Renunciaría a todos mis bienes, a todos mis poderes, a todo mi tiempo y a todas mis horas, y Tuyo sería: enteramente Tuyo". "No sois vuestros: habéis sido comprados por precio".

Y si este Hijo de Dios te es dado, te habrás consagrado enteramente a Él, y sentirás que Su honor es el objeto de tu vida, que Su gloria es el único gran deseo de tu suspirante espíritu. ¿Es así, oyente mío? Hazte la pregunta, te lo ruego, y no te engañes en la respuesta.

Me limitaré a repetir de nuevo las cuatro pruebas diferentes. Si me ha nacido un niño, entonces he nacido de nuevo, y además, ahora soy, como consecuencia de ese nuevo nacimiento, un niño. Si de nuevo me ha sido dado un Hijo, entonces soy un hijo, y de nuevo soy dado a ese Hijo que me ha sido dado. He tratado de poner estas pruebas en la forma en que el texto las sugiere. Os ruego que las llevéis a casa con vosotros. Si no recuerdan las palabras, recuerden escudriñarse a sí mismos y ver, oyentes míos, si pueden decir: "A mí me es dado este Hijo".

En efecto, si Cristo no es mi Cristo, de poco me vale. Si no puedo decir que me amó y se entregó por mí, ¿de qué me sirve todo el mérito de su justicia, o toda la plenitud de su expiación?

El pan en la tienda está bien, pero si tengo hambre y no puedo conseguirlo, me muero de hambre aunque los graneros estén llenos.

El agua en el río está bien, pero si estoy en un desierto y no puedo alcanzar el arroyo, si puedo oírlo en la distancia y todavía estoy acostado para morir de sed, el murmullo del arroyo, o el fluir del río, sólo ayuda a tentarme, mientras muero en la oscura desesperación.

Mejor para vosotros, mis oyentes, haber perecido como Khoikhois, haber ido a vuestras tumbas como moradores de alguna tierra ignorada, que vivir donde el nombre de Cristo es

continuamente cantado, y donde Su gloria es ensalzada, y sin embargo ir a vuestras tumbas sin un interés en Él, no bendecidos por Su Evangelio, no lavados en Su sangre, no vestidos con Su manto de justicia. Que Dios os ayude, para que seáis bendecidos en Él, y podáis cantar dulcemente: "Un niño nos es nacido, hijo nos es dado".

II. Esto me lleva a la segunda cuestión, sobre la que seré breve. ¿Es así? ***si es así, ¿entonces qué?***

Si es así, ¿por qué dudo hoy? ¿Por qué mi espíritu se cuestiona? ¿Por qué no me doy cuenta del hecho? Oyente mío, si el Hijo te ha sido dado, ¿cómo es que hoy te preguntas si eres de Cristo o no? ¿Por qué no os esforzáis por asegurar vuestra vocación y elección? ¿Por qué te detienes en las llanuras de la duda? Levántate, súbete a las altas montañas de la confianza, y nunca descanses hasta que puedas decir sin temor a equivocarte: "Yo sé que mi Redentor vive. Estoy persuadido de que es poderoso para guardar lo que le he confiado". Tal vez haya aquí un gran número de personas para quienes es un asunto de incertidumbre si Cristo es suyo o no.

Oh, queridos oyentes, no se conformen a menos que sepan con certeza que Cristo es suyo, y que ustedes son de Cristo. Supongan que vieran en el periódico de mañana (aunque, por cierto, si creyeran cualquier cosa que vieran allí, probablemente estarían equivocados), pero supongan que vieran una notificación de que algún hombre rico les ha dejado una inmensa herencia. Supongamos que, al leerla, usted fuera muy consciente de que la persona mencionada es un pariente suyo, y de que es probable que sea cierta.

Puede ser que hayas preparado para mañana una reunión familiar, y que esperes que tu hermano Juan y tu hermana María y sus pequeños cenén contigo. Pero me pregunto mucho si no te apartarías de la cabecera de la mesa para ir a comprobar si realmente es así. "Oh", dirías, "estoy seguro de que disfrutaría mucho más de mi cena de Navidad si estuviera completamente seguro de este asunto", y todo el día, si no fueras, estarías en la punta de los dedos de los pies de la expectativa, estarías, por así decirlo, sentado sobre alfileres y agujas hasta que supieras si es un hecho o no.

Hoy se proclama, y es verdad, que Jesucristo ha venido al mundo para salvar a los pecadores. La cuestión con ustedes es si Él los ha salvado, y si tienen un interés en Él. Les suplico que no den sueño a sus ojos, ni somnolencia a sus párpados, hasta que hayan leído su "título claro de mansiones en los cielos".

Qué, hombre ¿Tu destino eterno será un asunto incierto para ti? ¿Qué, el cielo o el infierno están involucrados en este asunto, y descansarás hasta que sepas cuál de ellos será tu porción eterna? ¿Estarás contento mientras sea una incógnita si Dios te ama o si está enojado contigo?

¿Puedes estar tranquilo mientras permanezcas en la duda de si estás condenado en el pecado, o justificado por la fe que es en Cristo Jesús?

Levántate, hombre, te lo suplico por el Dios vivo, y por la seguridad de tu propia alma, levántate y lee los registros. Busca y mira, y prueba, y ponte a prueba, para ver si es así o no. Porque si es así, ¿por qué no hemos de saberlo? Si el Hijo me es dado, ¿por qué no he de estar seguro de ello? Si el niño me ha nacido, ¿por qué no habría de saberlo con certeza, de modo que incluso ahora pueda vivir disfrutando de mi privilegio, un privilegio cuyo valor nunca conoceré plenamente hasta que llegue a la gloria?

De nuevo, si es así, otra pregunta. ¿Por qué estamos tristes? Ahora mismo estoy viendo rostros que parecen lo contrario de sombríos, pero tal vez la sonrisa cubre un corazón dolorido. Hermanos y hermanas, ¿por qué estamos tristes esta mañana, si nos ha nacido un niño, si se nos ha dado un Hijo? Escuchad, escuchad el grito. Es "¡Cosecha en casa! Cosecha en casa!" Mirad cómo bailan las doncellas y cómo se alegran los jóvenes. ¿Y por qué esta alegría? Porque están almacenando los preciosos frutos de la tierra, están juntando en sus graneros el trigo que pronto se consumirá.

Y nosotros, hermanos, ¿tenemos el pan que dura hasta la vida eterna y somos infelices? ¿Acaso se alegra el mundano cuando aumenta su grano, y no nos alegramos nosotros cuando: "Un niño nos es nacido, y un hijo nos es dado"?

¡Escuchad! ¿Qué significa el disparo de los cañones de la Torre? ¿Por qué ese repique de campanas en los campanarios de las iglesias, como si todo Londres estuviera loco de alegría? Ha nacido un príncipe, por eso este saludo, y por eso suenan las campanas.

Ah, cristianos, tocad las campanas de vuestros corazones, disparad la salva de vuestros cantos más alegres: "Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado". Baila, corazón mío, y repica de alegría. Gotas de sangre en mis venas, ¡bailad cada una de vosotras! Oh! todos mis nervios se convierten en cuerdas de arpa y que la gratitud te toque con dedos angelicales!

Y tú, lengua mía, grita, grita para alabanza Suya, que te ha dicho: "A ti te ha nacido un niño, a ti te ha sido dado un hijo". ¡Sécate esa lágrima! Vamos, deja de suspirar. Calla ese murmullo. ¿Qué importa tu pobreza? "A ti te ha nacido un niño". ¿Qué importa tu enfermedad? "A ti te ha nacido un hijo dado". ¿Qué importa tu pecado? Porque este niño quitará el pecado, y este Hijo te lavará y te hará apto para el cielo. Digo, si es así...

***"¡Alzad el corazón, alzad la voz,
alegraos en voz alta! Alégrese, santos".***

Pero una vez más, si es así, ¿qué ocurre? ¿Por qué nuestros corazones están tan fríos? y ¿por qué hacemos tan poco por Aquel que ha hecho tanto por nosotros? Jesús, ¿eres Tú mío? ¿Estoy salvado? ¿Cómo es que Te amo tan poco? ¿Por qué cuando predico no soy más serio, y cuando oro no soy más intensamente ferviente? ¿Cómo es que damos tan poco a Cristo que se entregó por nosotros? ¿Cómo es que servimos tan tristemente a quien nos sirvió tan perfectamente? Él se consagró por entero, ¿cómo es que nuestra consagración está manchada y es parcial? ¿Por qué nos sacrificamos continuamente a nosotros mismos y no a Él?

Oh, amados hermanos, entréguense esta mañana. ¿Qué tenéis en el mundo? "Oh", dice uno, "no tengo nada, soy pobre y sin dinero, y completamente desamparado". Entrégate a Cristo. Habéis oído la historia de los alumnos de un filósofo griego. Cierta día era costumbre hacer un regalo al filósofo. Llegó uno y le dio oro. Otro no pudo traerle oro, pero le trajo plata. Otro le trajo una túnica y otro un manjar. Pero uno de ellos se acercó y dijo: "Oh, Solón, yo soy pobre, no tengo nada que darte, pero aun así te daré algo mejor que lo que todos éstos te han dado, me entrego a ti".

Ahora, si tienes oro y plata, si tienes algo de los bienes de este mundo, da en tu medida a Cristo, pero cuida, sobre todo, de darte a ti mismo a Él, y que tu clamor sea desde hoy,

***"¿No te amo, amadísimo Señor?
Oh, busca en mi corazón y mira,
y echa fuera a cada ídolo maldito
que ose rivalizar contigo".***

***"¿No te amo desde mi alma?
entonces que nada ame
muerto sea mi corazón a toda alegría,
Cuando Jesús no puede moverse".***

III. Bueno, ahora he hecho todo, pero preste su atención solemne, muy solemne, mientras llego a mi último encabezado: ***si no es así, ¿entonces qué?***

Querido oyente, no puedo decir dónde estás; pero dondequiera que estés en esta sala, los ojos de mi corazón te buscan, para que cuando te hayan visto, lloren por ti. Ah, miserable, sin esperanza, sin Cristo, sin Dios. Para ti no hay alegría navideña, para ti no ha nacido ningún niño, a ti no se te ha dado ningún Hijo.

Triste es la historia de los pobres hombres y mujeres, que durante la semana antepasada cayeron muertos en nuestras calles a causa del hambre cruel y del frío amargo. Pero mucho

más lamentable es vuestra suerte, mucho más terrible será vuestra condición el día en que claméis por una gota de agua para refrescar vuestra lengua ardiente, y os sea negada, cuando busquéis la muerte, la sombría muerte fría; buscándola como a un amigo, y sin embargo no la encontraréis. Pues el fuego del infierno no te consumirá, ni sus terrores te devorarán. Anhelarás morir, pero permanecerás en la muerte eterna; morirás cada hora, pero nunca recibirás la tan codiciada bendición de la muerte.

¿Qué te diré esta mañana? Maestro, ayúdame a decir una palabra a tiempo. Te ruego, oyente mío, que si Cristo no es tuyo esta mañana, que Dios el Espíritu te ayude a hacer lo que ahora te ordeno que hagas. En primer lugar, confiesa tus pecados, no a mi oído, ni al oído de ningún viviente. Ve a tu aposento y confiesa que eres vil. Dile que estás miserable deshecho sin Su gracia soberana. Pero no pienses que hay algún mérito en la confesión, no lo hay. Toda tu confesión no puede merecer el perdón, aunque Dios ha prometido el perdón al hombre que confiese su pecado y lo abandone.

Imagina que un acreedor tiene un deudor que le debe mil libras. Le llama y le dice: "Exijo mi dinero". Pero el otro le contesta: "No te debo nada". Ese hombre será detenido y encarcelado. Sin embargo, su acreedor le dice: "Deseo tratar misericordiosamente contigo, haz una confesión franca, y te perdonaré toda la deuda".

"Bien", dice el hombre, "reconozco que le debo doscientas libras". "No", dice él, "eso no es suficiente". "Bien, señor, confieso que le debo quinientas libras", y poco a poco llega a confesar que debe mil. ¿Hay algún mérito en esa confesión? No, pero sin embargo se ve que ningún acreedor pensaría en perdonar una deuda no reconocida.

Es lo menos que puedes hacer, reconocer tu pecado, y aunque no haya mérito en la confesión, fiel a Su promesa, Dios te dará el perdón por medio de Cristo. Este es un consejo, te ruego que lo aceptes. No lo arrojen a los vientos, no lo abandonen en cuanto salgan de Exeter Hall. Llénenlo con ustedes, y que este día se convierta en un día de confesión para muchos de ustedes.

Pero después, cuando hayas hecho una confesión, te ruego que renuncies a ti mismo. Has estado descansando tal vez en la esperanza de que serías mejor, y así te salvarías. Abandona esa ilusoria fantasía. Has visto al gusano de seda, hilará, hilará e hilará, y luego morirá donde se ha tejido una mortaja. Y tus buenas obras no son más que hilar para ti un manto para tu alma muerta.

No puedes hacer nada con tus mejores oraciones, tus mejores lágrimas o tus mejores obras para merecer la vida eterna. El cristiano que se convierte a Dios te dirá que no puede vivir una vida santa por sí mismo. Si el barco en el mar no puede dirigirse a sí mismo correctamente, ¿piensas que la madera que yace en el patio del carpintero puede armarse a sí misma, y

convertirse en un barco, y luego salir al mar y navegar a América? Sin embargo, esto es justo lo que imaginas.

El cristiano que es hechura de Dios no puede hacer nada, y sin embargo tú crees que puedes hacer algo. Ahora, renuncia a ti mismo. Que Dios te ayude a poner una marca negra en cada idea de lo que puedes hacer.

Por último, y ruego a Dios que les ayude aquí, mis queridos oyentes, cuando hayan confesado su pecado y abandonado toda esperanza de salvación propia, vayan al lugar donde Jesús murió en agonía. Vayan entonces en meditación al Calvario. Allí está colgado, es la cruz del medio de estas tres.

Creo que lo veo ahora. Veo su pobre rostro demacrado y más desfigurado que el de cualquier hombre. Veo las gotas de sangre que aún permanecen alrededor de sus sienes traspasadas, las marcas de esa áspera corona de espinas. Ah, veo Su cuerpo desnudo, desnudo para Su vergüenza. Podemos contar todos sus huesos. Vean allí Sus manos rasgadas con el hierro áspero, y Sus pies desgarrados con los clavos. Los clavos rasgaron su carne.

Ahora no sólo está el agujero a través del cual fue puesto el clavo, sino que el peso de Su cuerpo se ha hundido sobre Sus pies, y vean cómo el hierro está desgarrando Su carne. Y ahora el peso de Su cuerpo cuelga sobre Sus brazos, y los clavos están desgarrando los tiernos nervios. La tierra se sobresalta. Él grita: "Eli, Eli, ¿lama Sabactani?"

Oh, pecador, ¿hubo alguna vez un grito así? Dios lo ha abandonado. Su Dios ha dejado de ser misericordioso con Él. Su alma está sumamente afligida, hasta la muerte. Pero escuchen, otra vez clama: "¡Tengo sed! ¡Denle agua! ¡Denle agua! Mujeres santas, dejadle beber. Pero no, sus asesinos lo torturan. Le ponen en la boca vinagre mezclado con hiel, lo amargo con lo fuerte, el vinagre y la hiel.

Por fin, escúchalo, pecador, pues aquí está tu esperanza. Lo veo inclinar su terrible cabeza. El Rey del cielo muere. El Dios que hizo la tierra se ha hecho hombre, y el hombre está a punto de expirar. ¡Escúchenlo! Grita: "¡Consumado es!", y entrega el espíritu. La expiación está terminada, el precio está pagado, el sangriento rescate está contado, el sacrificio es aceptado. "¡Consumado es!"

Pecador, cree en Cristo. Apóyate en Él. Húndete o nada, acéptalo como tu todo en todo. Arroja ahora tus brazos temblorosos alrededor de ese cuerpo sangrante. Siéntate ahora a los pies de esa cruz, y siente la gota de la preciosa sangre. Y al salir cada uno de ustedes diga en su corazón,

***"Un gusano culpable, débil e indefenso,
en los brazos bondadosos de Cristo caigo.
Él es mi fuerza y mi justicia,
mi Jesús y mi todo".***

Que Dios os conceda la gracia de hacerlo por Jesucristo. Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo, y el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo, estén con todos vosotros, por los siglos de los siglos. Amén y Amén.

EstudiaLaPalabra.org